

En torno a las revistas de la generación del 98

M.^a LUISA GARCÍA-OCHOA
MANUEL A. ESPEL VALLEJO

INTRODUCCIÓN

Una serie de revistas vieron la luz en el último cambio de siglo. En ellas empezaron a aparecer las rúbricas de los después llamados «escritores del 98». Su estudio, cien años después, ilustra lo que supuso en aquellos momentos el movimiento literario e ideológico que devenía. En efecto, las figuras literarias que destacarán poco tiempo después se esconden en sus columnas y es posible a través de ellas donde fue acuñándose el concepto de «generación», hoy tan discutido. Muchas de las firmas que participaron del espíritu del 98 tuvieron su voz dentro de estas publicaciones: Valle-Inclán, Unamuno, Baroja, Benavente, Martínez Ruiz, Maeztu y Antonio Machado. Los títulos más representativos de estas revistas, cuya vida ha sido casi siempre breve, fueron principalmente: *Germinal*, *Vida Nueva*, *Revista Nueva*, *Electra*, *Juventud*, *Alma Española*, *La República de las Letras* y quizá *Helios*.

Nos parece importante recordar que, en este gozne que el año 1898 supone, la prensa había logrado convertirse en el vehículo fundamental de difusión del conocimiento social y de la cultura, hasta el punto de desbancar al libro de su tradicional puesto. Unamuno se queja en 1904 de lo poco conocidos que son sus libros mientras que sus artículos de prensa tenían todo un reconocimiento de su labor intelectual, como señala M.^a del Pilar Palomo. De hecho, muchos de los libros de los noventayochistas surgen como compilaciones de los artículos que durante estos años publicaron en estas revistas y en la prensa en general. A través de la prensa, medio que llega a un gran público, estos pensadores intentan poner en práctica el impulso crítico y esperanzador que surge en la etapa previa dentro del llamado «espíritu regeneracionista». Como reconocerá Unamuno más tarde, era el único órgano de opinión pública en España: «*La prensa ha hecho que el pueblo se haga pueblo*» y «*es la que más ha contribuido a hacer conciencia popular nacional*» (*Hay que enterarse*, en *El Sol*, 15-5-1932, tomado de Palomo).

Por tanto, la génesis y el desarrollo de los distintos movimientos culturales y estéticos de final de siglo se van a plasmar en el periódico, como cauce de información cotidiana, y sobre todo, en la revista, con un objetivo más especializado. Aunque nuestros hombres escriben una ingente producción en los periódicos de la época, Unamuno declarará (como recoge Marcelino Tobajas) que prefería *«escribir en una revista, y no en un diario, porque en éstos, en unos por unas razones y en otros por las contrarias, no goza de verdadera libertad un colaborador sincero»*. En efecto, esta libertad con la que escribieron en las revistas se contrapuso en ocasiones a la actitud con la que opinaron en los diarios, autodenominados como «independientes». Aunque todos tenían su propia ideología e incluso dependían de orientaciones partidistas concretas, los diarios eran respetuosos con las instituciones y sus colaboradores debían supeditarse a este principio, «resignados a la tiranía del que paga». El interés por éstas revistas se debe, en primer lugar, a la libertad de la que gozaron sus escritores y, en segundo lugar, a su capacidad para anticipar y retratar el espíritu de grupo que emerge dentro de un momento histórico. Este aspecto fundamental que hace de la revista una fuente de conocimiento esencial ha sido puesto de relieve por Guillermo de Torre, con palabras que merece la pena que reproduzcamos: *«...el perfil más neto de una época, el esguince más revelador de una personalidad, el antecedente olvidado o renegado de cierta actitud que luego nos asombra, en tal o cual escritor, se hallan escondidos, subyacentes, no en los libros, sino en las páginas de las revistas primiciales. Aun más, suele acontecer que el escritor si es enterizo, genuino, está ya preformado en aquéllas; allí aparece su imagen quizá imperfecta, pero más pura y sincera, en su primer hervor»*. Las revistas, para él *«son más atrayentes, pródigas y reveladoras. Tienen ... el encanto de lo fragante e inmaduro. Frente al destino egoísta de cada libro, poseen la supremacía de su condición plural y generosa, como fruto que son de un grupo, de un esfuerzo colectivo (...) Son los boletines meteorológicos que anuncian con precisión infalible cada nuevo salto en la rosa de los tiempos del espíritu (...) Todo movimiento literario, todo amanecer, todo 'crevar de albores' —por decirlo con la imagen matinal del cantor de Mío Cid—, ha tenido indefectiblemente su primera exteriorización en las hojas provocativas de alguna revista (...) La revista anticipa, presagia, descubre, polemiza (...) La revista es vitrina y es cartel. El libro ya es, en cierto modo, un ataúd.»*

MODERNISMO Y 98

La crítica ha separado en ocasiones el modernismo de la llamada «generación del 98». Un ejemplo fue Salinas, que matizaría más tarde su opinión. Desde nuestro punto de vista, y tras el estudio de las revistas analizadas, resulta imposible separar la crítica social característica de la *generación del 98* del movimiento renovador de la nueva estética modernista. Sólo a partir de la

consideración del modernismo como un movimiento literario y cultural de amplio espectro dentro del cual aparece la *generación del 98*, se puede entender este fenómeno y los autores que lo integraron. Así lo expresa Onís en el prólogo a su conocida *Antología de la poesía: «El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política y gradualmente en todos los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy»*. Esta crisis espiritual va a repercutir en el concepto del arte, como manifestará Juan Ramón Jiménez más tarde en una entrevista publicada en *La Internacional* en 1920 y que ha sido reproducida recientemente en *El País* (12 de abril de 1998). Reivindica la sensibilidad y la espiritualidad para transformar una sociedad que evitaría así las guerras:

«...el arte tiene una misión social, indirecta, como toda misión honrada y fructífera: la de hacer verdaderamente fuertes —quiero decir delicados— a los hombres, y verdaderamente buenos, esto es, enamorados conscientes de la tierna belleza desnuda del mundo».

Quizá la mejor definición del modernismo fue acuñada por Juan Ramón y publicada en el periódico *La Voz de Madrid* (18 de marzo de 1935):

«El modernismo no fue solamente una tendencia literaria (...) fue una tendencia general. Alcanzó a todo. Creo que el nombre venía de Alemania (...) Y aquí, en España, la gente nos puso ese nombre de modernistas por nuestra actitud. Era de nuevo el encuentro con la Belleza sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza».

Este anhelo de belleza es inmortal y choca conflictivamente con las limitaciones del mundo y de la sociedad. Por eso, la coexistencia de una faceta de crítica política y social responde al deseo sincero de estos escritores de mejorar la realidad y trascender el estadio material para regenerar espiritualmente al propio individuo. Por tanto, más que una discutida oposición modernismo-98, hay un solo y amplio movimiento, producto del cambio de sensibilidad, cuyos rasgos esenciales son tanto la rebeldía, la actitud de ruptura frente a lo «viejo», como la renovación del lenguaje en la poesía y en la prosa. Así dirá Azorín en 1913: «*Un espíritu de protesta, de rebeldía, animaba a la juventud de 1898*». Más que de una unidad compacta, hablaremos de un mismo magma en el que todos están inmersos. En 1900 ya había triunfado el modernismo, un año después de la llegada de Rubén Darío, encabezado por Juan Ramón Jiménez, y en él militaban personalidades muy diferentes, según recordará el poeta años después, prueba de la confusión reinante en estos primeros momentos y la dificultad de definir o limitar el nuevo modo de pensar:

«Cuando yo fui a Madrid a publicar mis primeros libros, no solamente oí llamar modernista a Rubén Darío, sino a Benavente, a Baroja, a Azorín y a Unamuno».

Dentro de este doble intento de renovación ideológico y estético podremos distinguir una actitud más preocupada y comprometida socialmente, «noventayochista», o una actitud más estética y formalista, «modernista». Como señala Seoane, las dos tendencias inician la creación de revistas de vida precaria y efímera, en las que la rebeldía estética aparece al lado de la social, predominando en algunos casos una u otra. Esta distinción es la que a nosotros nos va a servir como delimitador de las revistas del 98 de las modernistas.

Es interesante conocer la edad y el momento creador que tenía esta «juventud» en 1898. Unamuno era el mayor, tenía 34 años, y ya había publicado artículos de *En torno al casticismo* y *Paz en la guerra*. Ganivet con un año menos, 33, se suicidó ese mismo 1898. Después le seguían en edad Valle-Incán con 29 y Baroja, con 26, que iniciaba sus contactos con el mundo literario. Martínez Ruiz (*Azorín* desde 1904), con 25 años, intentaba abrirse camino en el mundo del periodismo, aunque ya había colaborado en algún periódico. Maeztu tenía 24 años, y los artículos que fue publicando se presentarán en forma de libro en 1899. Antonio Machado, con 23 años, había empezado a colaborar en el diario *El País*. Otras figuras como Blasco Ibáñez, que pudiera haber figurado como noventayochista por su ideología aunque de estética realista, contaba con 31. Juan Ramón Jiménez contaba sólo con 17 años, le quedaban todavía tres para llegar a Madrid para «luchar por el modernismo». Mientras, la generación anterior de escritores, con la que se enfrentaron y a menudo polemizaron, estaba distante en edad: Valera, 74; Pereda, 65; Galdós, 55; Emilia Pardo Bazán, 47 y Clarín, 46.

LAS REVISTAS DEL 98

La gran cantidad de títulos que aparecen en este momento es síntoma que revela, como apunta Seoane, una gran vitalidad pero, al mismo tiempo, una gran precariedad: «una vida efímera, brillante y loca», en palabras de Manuel Machado. Y sería erróneo pensar que dichas revistas aparecen a partir de la guerra y como consecuencia del desastre: existe con anterioridad una corriente crítica que no es sino manifestación de la misma crisis que desembocará en el Desastre. Como apuntó Azorín en artículos publicados en ABC (en febrero de 1913, recogidos por Palomo): «*Se cree generalmente que toda esa bibliografía regeneradora, que todos esos trabajos formados bajo la obsesión del problema de España, han brotado a raíz del desastre colonial y como consecuencia de él. Nada más erróneo; la literatura regeneradora, producida de 1898 hasta años después, no es sino una prolongación, una continuación lógica, coherente, de la crítica política y social que desde mucho antes de las guerras coloniales ve-*

nía ejerciéndose». Y es precisamente este pensamiento crítico de los intelectuales regeneracionistas sobre todo, que trataban de forjar una nueva idea de España basada en la autenticidad, el que aparece en algunas de las revistas que anteceden a las del 98, y que podemos considerar por tanto como sus precedentes (recordamos ahora el poder anticipador de la revista). Tal es el caso de la **Revista Contemporánea**, fundada en 1875 (duró hasta 1907) por José del Perojo, que conectó profundamente con el regeneracionismo, contando en sus inicios con numerosos colaboradores pertenecientes a la Institución Libre de Enseñanza como Rafael Altamira, Julián Sanz del Río, Rafael María de Labra y Urbano González Serrano, personajes que consiguieron importar corrientes estéticas y filosóficas europeas, rompiendo así la vinculación con nuestra tradición cultural. Gran prestigio tuvo también durante los años de la Regencia **La España Moderna** (1889-1914). Fundada por Lázaro Galdeano, pretendía representar en nuestro país lo que las *Revue de Deux Mondes* en el vecino. Como méritos cabe señalar que intentó ser la «suma intelectual de la edad contemporánea», con una marcada tendencia europeísta que sirvió como trasmisor de un espíritu cosmopolita. En la revista colaboran figuras como Maeztu y Unamuno. Y también citaremos la revista **Nuevo Teatro Crítico**, con Emilia Pardo Bazán prácticamente como única autora, en la que expuso desde sus teorías literarias hasta su pensamiento, marcado por el europeísmo y un sincero feminismo.

Tras estas consideraciones, pasamos al análisis de las revistas del 98.

Germinal

Comenzó su andadura el 30 de abril de 1897. Podemos considerar este semanario como la primera revista del 98 por algunas de las firmas que aparecen con asiduidad. En efecto, es la primera revista en la que aparecen todos los escritores jóvenes, exceptuando a Azorín y Unamuno, en la que se dedican a mostrar su espíritu de rebeldía frente a los valores establecidos. Tanto el título, tomado de una novela de Zola (folletón que publicará la revista en 1899), como el dibujo alegórico de Gustavo Doré en el número inicial, que representa «La Libertad» dirigiendo al pueblo armado, son expresión del espíritu combativo de estos escritores. Como apunta M.^a del Pilar Palomo, estos autores no concebían sólo la literatura como una cuestión de estética, sino que buscaban en ella transformar la sensibilidad social para acceder a un nuevo concepto de la justicia, del trabajo y de la solidaridad. Esto supone la continuidad con los afanes regeneracionistas y es la razón por la que, aunque la revista constituyese un instrumento de propaganda del partido socialista y su carácter fuese político-social, podamos encontrar entre sus páginas cuentos y poesías de Maeztu, colaboraciones de Baroja e, incluso, aparece el «Cuento color de sangre: El rey de la máscara», de Valle-Inclán, donde se da a conocer a «Bladamín», convertido por azar del tiempo y de la imaginación del autor en el «Marqués de Brado-

mín». Curiosamente su director, Joaquín Dicenta, fue luego su más radical enemigo estético.

Como señala Guillermo de Torre, podemos considerar a *Germinal* como una revista entre dos épocas, con rasgos ya noventayochistas, en la que, como aún no se ha definido claramente la «generación» (si es que pudo definirse con claridad en algún momento), coexisten simultáneamente en sus páginas dos épocas diferentes y personajes profundamente antitéticos. En la lista de redactores aparecen, por orden alfabético, Jacinto Benavente, Rafael Delorme, Ricardo Fuente, Félix Limendoux, Antonio Palomero, Antonio Paso, Nicolás Salmerón, Valle Inclán y Eduardo Zamacois. Asimismo, colaboran nombres como Eusebio Blasco y Mariano de Cavia junto con Maeztu y Baroja. Y es la tolerancia de la redacción hacia credos dispares la que contribuyó a la heterogeneidad: «desde el socialismo marxista hasta el anarquismo artístico; desde el socialismo cristiano hasta el socialismo sentimental del poeta soñador, todo cuanto lleva en sí alientos de protesta contra una organización social basada en el egoísmo y la injusticia, halla en nosotros libre tribuna y paternal acogida». Y lo importante es que esta convivencia de escritores consagrados y jóvenes valores aportó, antes de la llamada «generación del 98», un espíritu nuevo, ligado a lo europeo.

Curiosamente el personaje más brillante y prometedor de todos ellos fue Antonio Palomero, como señala Guillermo de Torre, figura que alcanzó notable celebridad en la época como humorista bajo el seudónimo de Gil Parrado. Azorín hablará de él como ejemplo del apresuramiento y del afán económico de cada día, y como espíritu ya malogrado del periodismo. Maeztu, uno de los primeros articulistas del tiempo, va a mostrar aquí preferentemente sus ambiciones literarias. Hallamos una composición poética de corte modernista, quizá la única del autor, «*A una Venus*». No podemos dejar de mostrar alguno de sus versos:

...Necesito trepar a tus blancas
caderas, forjadas con bronce y con nervio,
adherirme a tus sólidas ancas,
cual pégase el muérdago al roble soberbio...

También encontramos un cuento suyo y narraciones de episodios cubanos. Y de Baroja hallamos un cuento titulado «*Piedades ocultas*». Señalar la actitud de rechazo en este momento hacia Galdós que se convertirá en admiración cuatro años después y se concretará en el bautismo de una nueva revista con el nombre de *Electra*.

La postura progresista de la publicación se manifestará también en traducciones de autores extranjeros como Zola, Victor Hugo, Leopardi, Prudhomme, Renan o Bakunin, y en la presencia de autores catalanes como S. Rusiñol y A. Guimerá. Precisamente *Germinal* atenderá a los problemas políticos como los procesos de Montjuich, así como la situación de las cárceles o el anarquismo.

Sin embargo casi no prestó ninguna atención al tema de las colonias, muestra del escaso interés que en las vísperas del desastre parece que tenía el tema. El anticlericalismo también fue un tema reiterado: siempre respetando a la religión en sí y al sentimiento religioso, los ataques iban dirigidos hacia el poder de la iglesia. En el fondo, el tema respondía a la tensión entre los valores tradicionales y el espíritu progresista, y el intento de armonizarlos entre sí, como en el caso de Unamuno.

Su último número se edita el 14 de abril de 1899. No murió del todo, pues a partir de su número 24 muchos de sus redactores van a integrar las filas de un periódico de gran alcance y difusión, *El País*, publicación de carácter progresista y de tono literario, fundado en 1887 como órgano del Partido Republicano Progresista de Ruiz Zorrilla, que acabó siendo un centro de reunión y un punto de encuentro de inestimable valor para el intercambio de ideas entre los escritores de la nueva hornada. Es aquí donde se conocieron, Maeztu, Baroja y Martínez Ruiz. Éste último fue expulsado del periódico al año siguiente de entrar (1897) por la violencia de sus artículos, lo cual nos da una idea de la agresividad de estos escritores. De él dirá Lerroux, que fue uno de sus directores, en sus memorias (recogido por M.^a del Pilar Palomo): «*No en su mengua, sino en su elogio, recordaré que debutó rabiosamente radical, anarquista teorizante, hasta el punto de que alguna de sus colaboraciones provocó queja de nuestros lectores habituales*». Y de Maeztu afirma: «*Un tanto parecido, con menos asiduidad en la colaboración, fue el de Maeztu, que no debutó ciertamente de conservador*». Por su parte, *Germinal* pasó a subtitularse en lo sucesivo semanario «republicano-ideológico», haciéndose cargo de su dirección Salmerón. Entre sus redactores encontramos a Blasco Ibáñez y los primeros números tienen un acento más literario que en la época precedente. Poco después desaparecerá. Como escribió Rubén Darío: «*Las revistas independientes, producidas por el movimiento moderno, por las últimas ideas de arte y filosofía y de las que no hay país civilizado que no cuente hoy con una, o con varias, tuvo aquí su iniciación con Germinal, de filiación socialista, apoyada por lo mejor del pensamiento joven. Murió de extrema vitalidad quizá...*» («La cuestión de la revista. La caricatura», *España Contemporánea*, III, citado por Palomo, p. 292)

Como reconocieron Maeztu y Manuel Machado, *Germinal* tuvo el mérito de aportar, antes de la llamada «generación del 98» un espíritu nuevo, europeísta y cercano a los problemas sociales. Si Maeztu reconocía que la generación precedente al 98 (Alejandro Sawa, Palomero, Fuente, Luis París) «*había leído a Zola, a Ibsen y a Tolstoi en los cafés de Madrid*», Machado confirma el valor de su labor: «*una 'elite' inteligente y fuerte, precursora de los renovadores puramente literarios y artísticos del 98, sentía ya acongojado su entusiasmo por algo así como el presentimiento de una gran catástrofe colonial y política (...). Vivía inquieta y desazonada. Vivía poco. Muchos acabaron jóvenes, víctimas de la bohemia a que los llevó su descontento y del alcohol en que ahogaron ansia del ideal: Sawa, Paso, Delorme. Otros cambiaron con los tiempos*» (Palomo, p.292)

Vida Nueva

Este semanal independiente representa quizá mejor que Germinal lo que más tarde se llamará «espíritu del 98». El primer número aparece el 12 de Junio de 1898, un mes después del desastre. Seoane afirma que «...la revista, que inicia su publicación bajo el impacto del Desastre, es muy representativa del espíritu de aquella generación». Lo cierto es que alcanzó gran popularidad en toda la Península y fue muy leída en todos los ámbitos culturales. Tal es así que en su número 6 anunciaba una tirada de cuarenta mil ejemplares, cifra inverosímil para una publicación de intelectuales (Seoane habla de «cifra poco verosímil»). En su primer número podemos leer la siguiente declaración de intenciones:

«Venimos a propagar y defender lo nuevo, lo que el público ansía, lo moderno; lo que en toda Europa es corriente y aquí no llega por vicio de la rutina y tiranía de la costumbre. Y con esto queda sentado que *Vida Nueva* será no el periódico de hoy, sino el periódico de *mañana*».

Pero en la joven revista aparecen viejos valores como Castelar, Jacinto Octavio Picón, Campoamor, junto con las figuras más destacadas de la época: Galdós, Ganivet, Blasco Ibáñez, Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Maeztu. Y es que, aunque algunos críticos, como C.A.Molina, tiendan a encuadrar la tendencia política de *Vida Nueva* entre el socialismo y el regeneracionismo, quizá fuese mejor señalar, como lo hace M.^a del Pilar Palomo, que *Vida Nueva* es una revista de grupo, con una marcada independencia ideológica, de la que sólo se excluye el reaccionarismo. En este sentido, Maeztu valorará su aparición:

«Una pléyade de afamados escritores, comprendiendo la necesidad de renovación que siente España, ha traducido estas ansias en la creación de un semanario: *Vida Nueva*, que en poco tiempo ha alcanzado una buena tirada. Este intento más bien merece elogios por su buen propósito que por sus buenos logros... ¡Aún pesan mucho las viejas ideas sobre los intelectuales formados en Madrid!»

Maeztu publicó otros artículos recogidos después, como el anterior, en *Hacia otra España*, con una fuerte agresividad. Entre ellos *La política y la prensa*, el 2 de octubre de 1898, donde se asombra de la indiferencia que ésta y el pueblo han mostrado ante la pérdida de las colonias. Su grito de batalla será «*A reconstituirse con lo nuevo o morir con lo viejo*». También critica al periodismo como el trampolín político: «*Para los más, la prensa es el camino, la estación, la credencial, el acta, la gobernación de una provincia ¡tal vez una cartera! Desde el propietario de un periódico al último repórter todo el pensamiento del personal de redacción oscila siempre en derredor de la política*».

Galdós refleja el ambiente propio del gran desastre que se está viviendo en estos momentos en su artículo *Fumándose las colonias*. Y Unamuno escribe

sus conocidos artículos *¡Muera Don Quijote!* y *Renovación*, ejemplos característicos de la actitud iconoclasta de estos escritores jóvenes. Es conocido que Unamuno perteneció durante tres años (1894-1897) al partido socialista, apoyando esta causa en los años cercanos al Desastre por creer en ella como alivio de miserias y portavoz de la verdad. Aunque se desengañó pronto, insistió en la utópica idea de cambiar al hombre, sobre todo al español, por lo que la prensa significó para él no sólo un medio fundamental para llevar a cabo su gran labor social y espiritual, sino algo más, el periodismo como apostolado: «*seguramente me sentí ligado ya a mi pueblo para siempre, obligado a aleccionarle. ¡Había empezado ya mi carrera de apóstol civil!*». El mensaje es claro en los dos artículos citados con anterioridad, se trata de hacer triunfar la evidencia de la realidad frente al idealismo de los sueños, encarnados en personajes de la tradición literaria española:

«España, la caballerescas España histórica, tiene, como Don Quijote, que renacer en el espíritu de Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte, por su fortuna. La nación española —la nación, no el pueblo— molida y quebrantada, ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo.» (26 de junio de 1898)

«No creo que quede ya otro remedio que sumergirnos en el pueblo, inconsciente de la historia, en el protoplasma nacional, y emprender en todos los órdenes el estudio que Joaquín Costa ha emprendido en el jurídico. Hay que aprender a desengañarse de Segismundo, que soñó historia, y a vivir, del Alcalde de Zalamea.» (31 de julio de 1898)

Curiosamente, como señala M.^a del Pilar Palomo, Unamuno, que fue quizá el más unitario y el que menos cambió de rumbo de todos los escritores del 98, en su último ensayo, *Don Quijote en la tragicomedia humana contemporánea* resumirá, a partir de este simbólico personaje, el sentir del pueblo español y su filosofía en torno al sentimiento trágico «*como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es según la razón nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice*», encontrando entonces en el idealismo de nuestra tradición una profunda vía para recorrer los caminos de la estética, de la filosofía y de la espiritualidad.

Como muestra de la preocupación que ahora se adquiere, motivada por su pérdida, se inaugura una nueva sección mensual, *América*, encabezada por un artículo de Rubén Darío. Y destacar que *Vida Nueva* dedica un número especial (el número 47) al primero de mayo, al obrero español, con artículos de Pi y Margall, Nicolás Estévane, Dionisio Pérez y Santiago Alba, que reflejan el auge de la simpatía que los intelectuales toman por el socialismo. Incluso el jovenísimo Juan Ramón Jiménez se da a conocer al mundo literario a través de esta revista, con traducciones de poemas de Ibsen de tono anarquista y con creaciones poéticas propias, en las que, como elogiaba su director, Dionisio Pérez, mostraba su valentía hablando de «*la tristeza de los menesterosos, de los ex-*

plotados, de los humildes con impulsos de arrebatada ira». También están enjuiciados en sus poemas los sucesos de Montjuich y los problemas sociales del momento, actitud combativa de crítica social que, como señala M.^a del Pilar Palomo, fue constante en su dilatada labor poética y crítica, aunque transformada su expresión por el proceso de depuración poética que registra toda su obra, y que en este momento, como señalamos en la introducción, no representa sino el ambiente en que se vivía la renovación estética del fin de siglo, que utilizaba el arte y la belleza como armas de oposición al materialismo, positivismo y aburguesamiento de la sociedad.

Aparece el 1 de enero de 1899 un artículo de Ganivet titulado *Mis inventos*, con una nota de la redacción al pie comunicándonos que era el primero de la serie de artículos que el escritor había prometido escribir para *Vida Nueva*, y que precisamente éste había llegado a su poder muy pocos días antes de morir «*para desgracia de las letras españolas*». Por tanto, Ganivet, la figura más relevante del regeneracionismo, considerado a menudo como precursor del grupo y uno de los mejores representantes de esa «crisis de fin de siglo», también queda retratado dentro de las revistas.

Como hemos apuntado, se produjeron algunos cambios en la historia de la publicación: inicialmente el Director fue Eusebio Blasco. En su segunda etapa, desde octubre del 99, fue Dionisio Pérez su director, aparecen los grabados, domina una selección de colaboradores más literaria y se inaugura una nueva sección dedicada a presentar los «Escritores Nuevos», con Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez en los primeros números. Pocos meses más tarde, un trasfondo político, al parecer, origina varias denuncias judiciales. Seoane señala que fue Joaquín Costa quien quiso comprarla y convertirla en portavoz de la Unión Nacional, proyecto que fracasó porque Basilio Paraíso prefería contar con el apoyo de los diarios de mayor circulación en ese momento, *El Imparcial* y *El Liberal*. Después de ocho denuncias consecutivas y de abrir una suscripción, en febrero de 1900, para compensar pérdidas y gastos termina en su número 93, el 18 de marzo de 1900.

Había logrado reunir a los escritores más prometedores del momento y por ello parece justo el calificativo que les dedicó *The New York Herald* en su edición de París, (recogido por Guillermo de Torre en su artículo) y que los de *Vida Nueva* reprodujeron con orgullo: «*The voice of Young Spain*».

Revista Nueva

Considerada como la más representativa, como la arquetípica publicación del 98, leyenda creída durante tiempo posiblemente porque fuera su fundador y director Ruiz Contreras, personaje que encarnaba en aquel momento la figura del «hombre dinámico» (ya había fundado cuatro años antes la *Revista Crítica de Historia y Literatura*) y que hizo una buena propaganda de la revista. Así afirmó en sus memorias: «*...en dos meses logré reunir a la llamada luego por*

'Azorín' generación del 98». Y por ello el mismo Azorín le calificó como «el patriarca, el organizador de las huestes de 1898». Pero lo cierto es que en ella se reúne prácticamente la nómina completa de los escritores considerados como noventayochistas y modernistas. Así M.^a del Pilar Palomo apunta que puede considerarse como un verdadero trabajo común del grupo vinculado a la tertulia que el escritor tenía en su casa y a la que acudían los jóvenes: Benavente, Rueda, Ruben Darío, Valle-Inclán, Unamuno, Martínez Sierra, Baroja, Maeztu, etc. Por eso Azorín nos dirá: «*Todos escribimos aquí: poetas, escritores, críticos*».

Revista Nueva, editada como cuaderno decenal de treinta y dos páginas y pequeño formato, apareció el 15 de febrero de 1899. Curiosamente se abre con un «*Epílogo*», en el que se señalan las fronteras entre los esfuerzos precedentes, ignorados, y su plasmación en la realidad presente que constituye la revista: «*Aquí termina el esfuerzo tenaz del sacrificio ignorado*». Igualmente, quiere ser epílogo de los tiempos pasados y de todo lo que conllevan, a saber, de una guerra, de una patria, de una moral, de un siglo y de un mundo, así como constituir, como es costumbre, un encendido llamamiento para la juventud en el manifiesto «*A la juventud intelectual*»:

«Pertenece a la generación que fue pisoteada por los triunfadores enreídos... educados en la escuela del sufrimiento. Cogemos la bandera para depositarla en los altares de la juventud cuando vuestra voz nos guíe. Lucharemos por vosotros mientras vosotros calléis; pero en cuanto aparezcan vuestra pluma y vuestra espada, soltaremos para siempre la espada y la pluma».

Posee un acento eminentemente literario. Uno de sus principales colaboradores era Pío Baroja, que realiza la tarea de crítico literario y de comentarista de libros de actualidad, españoles y extranjeros, como su trabajo de siete páginas sobre Nietzsche, prueba de la influencia que su individualismo positivista y nihilista, aunque no del todo bien conocido, produjo en la juventud desconcertada de una España que acababa de sufrir el Desastre. También colaboró como crítico de revistas bajo diferentes seudónimos (S. Paradox y J. Nessi; recordemos que Silvestre Paradox fue luego protagonista de dos novelas suyas). Así encontramos una crítica elogiosa a otra revista significativa del momento, a saber, *La Vida Literaria*, originada en enero de 1899 tras un cisma surgido en el seno del viejo semanario *Madrid Cómico*. La primera, *La Vida Literaria*, pretendía abrir cauces a la inquieta y pujante juventud literaria sobre todo partidaria del modernismo, del que su director, Benavente era un entusiasta. Así publicó cuentos de Valle-Inclán y Baroja, poesías de Rubén Darío y teorías de Maeztu. Baroja declarará: «*Es uno de los semanarios madrileños que tienen originalidad y algo que no se consigue con mucho dinero pensando sólo en entretener a la gente*». Crítica velada al semanario humorístico *Madrid Cómico*, más popular, intrascendente y destinado a un público mayoritario, que se convirtió en un bastión reaccionario desde el que se criticó severamente el moder-

nismo y en especial a los del 98. Clarín a la cabeza, sin ir más lejos, había arremetido en sus «Paliques» de *Madrid Cómico* contra Maeztu, Rubén, Valle-Inclán y el mismo Benavente, llamándolos «decadentes», «modernistas», «estetas», etc. Maeztu le responderá en el artículo significativo por su título *Clarín, Madrid Cómico and C^o Ltd.*, y se quejará de tales ataques, aceptando «...las manos liliales, las torres ebúrneas, y demás letanías de nuestros pseudodecadentes, naturistas y estetas como un anhelo indefinido de otra literatura, como un preludio cuatrocentista de un Renacimiento...», aunque sin solidarizarse con ellos, pues a Maeztu poco le interesan las posturas artísticas. Mas tarde Maeztu agregaría: *el mal estriba en que además del crítico cominero hay en Clarín, y así se reconoce, un espíritu curioso, reflexivo, leído, de verdadera altura quien por desgracia, sólo de tarde en tarde se muestra tal como es (...), bien porque un falso instinto de conservación le predispone contra la avalancha literaria que dondequiera va surgiendo, bien –y esto es lo probable y lo sensible– porque es más fácil, mercantilmente hablando, dar valor a la firma haciendo chistes que no mostrando al ignorante público cómo ha de leer un libro*. Acertado juicio que nos sirve para separar posiciones rigurosamente opuestas, aunque añadamos que estos aspectos han quedado ocultos después de la «rehabilitación» posterior que de Clarín hicieron Azorín y Eugenio d'Ors.

Recoge también *Revista Nueva* ensayos de Unamuno, cuentos de Valle-Inclán y de Baroja (*Sin ideal, Lejanía* y otros que luego pasaron a su primer libro *Vidas Sombrias*, publicado el año siguiente) y alguna comedia de Benavente. Aunque todos coinciden en el mismo deseo de renovación, está claro que difieren en los métodos prácticos para conseguirlo, de aquí que podamos encontrar posturas radicalmente diferentes e incluso opuestas. Es el caso de Baroja y de Maeztu, obsesionado éste por el Desastre, por la moralización de la vida pública y por el ideal del resurgimiento, propone una solución pragmática y hasta amoral para cambiar la sociedad. Llega a decir en su artículo *En la charca*:

«...no hay literatura y no la hay porque no puede haberla, porque no debe haberla (...) No hay literatura porque primeramente necesitamos hacer patria, y las patrias no se hacen con la pluma, sino con el arado...»

Y en otro artículo, *La moral que muere y que nace*, nos dice que los ambiciosos son quienes más engrandecen a los pueblos, dado que el dinero constituye el principio de las sociedades modernas: «*El egoísta, por el contrario, realiza aun sin pretenderlo, una labor altruísta, respetable, patriótica*».

Baroja, desde una posición idealista vecina al anarquismo, rechaza, en sus comentarios al libro de Maeztu *Hacia otra España*, este concepto de progreso por considerarlo antiestético y falto de espiritualidad. Como declara Seoane «...en sus artículos se muestra ya el Baroja individualista, feroz, pesimista, iconoclasta, 'dogmatófono' y propenso al exabrupto»:

«{Maeztu}...Nos trae sus entusiasmos anglosajones y nietzscheanos por la fuerza, por el oro, por las calles tiradas a cordel, y a nosotros nos enternece»

ce la debilidad, la pobreza y las callejuelas tortuosas, oscuras y en pendiente. Nos canta Bilbao, a nosotros que no pensamos más que en Toledo y en Granada, y que preferimos el pueblo que duerme al pueblo que vela (...) Por más que llame bufo al desaliento, el desaliento existe, algo peor, la indiferencia; por más que sueñe con otra España, la otra España no vendrá, y si viene será sin pensarlo ni quererlo, por la fuerza fatal de los hechos (...) Yo que no pienso, y casi podría añadir que ni quiero, ser nada en la vida, miro a Maeztu como un paralítico podría mirar a un gimnasta; me asombra su decisión, su acometividad, su entusiasmo y su fuerza, pero no le sigo. Es más, el día en que esa nueva España venga a implantarse en nuestro territorio con sus máquinas odiosas, sus chimeneas, sus montones de carbón, sus canales de riego; el día en que nuestros pueblos tengan las calles tiradas a cordel, ese día emigro, no a Inglaterra o a Francia (...), a Marruecos o a otro sitio donde no hayan llegado esos perfeccionamientos de la civilización».

Y es que, como recoge M.^a del Pilar Palomo, *Revista Nueva* se ocupa más del aspecto ideológico: preocupan más los planteamientos espiritualistas que los materiales y hay una cierta acusación a la sociedad moderna, sólo preocupada por el progreso material, y a la ciencia, como causantes de esta infravaloración de lo espiritual. Parecido sentido tiene otro artículo de Baroja, mal comprendido por su título, *Contra la democracia*, en el que critica a la masa a favor del individuo, siempre relegado en cualquier democracia política para quien sólo cuenta el número: «*la que tiende al dominio de la masa y que es un absolutismo del número*». Incluso es posible poner en duda el «regeneracionismo» de Baroja en este momento, pues de la guerra colonial de 1898 no hay en la prensa la huella que cabría imaginar en el tópico del Baroja noventayochista, al contrario, su escepticismo, de nuevo, es bastante revelador: «*Oír regeneración y escamarme es todo uno. Es una palabreja que está en boga. Para Sagasta significa estar en el poder; para Silvela, llegar a probarlo, y para Weyler, hacer del país un cuartel. El único regeneracionista que tenemos en España es... Eusebio Blasco*» (se refiere al escritor de veta bastante cómica). Y es que en estos momentos iniciales la labor de los noventayochistas es mejor entenderla como emparentada con los movimientos políticos revolucionarios y con la actitud de rebeldía que ello implica, más que desde la cercanía a los escritores regeneracionistas. En el fondo, lo que Baroja predica es la autenticidad por encima de todo y quiere contraponer un escepticismo auténtico por la política formal del país a un falso escepticismo «*que viene a ser la señal de los tiempos*».

Unamuno, conciliador entre aquellas posturas extremas de Maeztu y Baroja, se decanta por la solución intermedia, como señala M.^a del Pilar Palomo, al aceptar el progreso material siempre que sirva de medio para conseguir la emancipación espiritual e intelectual del hombre. En *Revista Nueva* encontraremos un Unamuno ejemplo del espíritu de la época, que era capaz de repartir su alma entre la contemplación y la batalla, entre la melancolía y la denuncia, pues está representado en sus dos facetas, como batallador del regeneracionis-

mo intelectual en sus artículos *De la enseñanza superior en España*, y como lírico intimista en comunión con la naturaleza en los poemas *El Cristo de la Cabrera* y *La flor tronchada*, éste último muestra de un sincero optimismo cristiano:

«La dura idea en lógico capullo
de nativa corteza
no da al pueblo aquel sólido alimento
que en la lucha le sirva de sustento
(...)
y entonces, llenos de cordial confianza,
benedicid al Señor
al Padre que el sustento nos regala,
al Padre que el espíritu nos riega,
con agua de piedad y de esperanza;...»

Así, por su elevada concepción de la poesía, Juan Ramón Jiménez reconocería su valor: «*Rubén Darío y Miguel de Unamuno son, a mi juicio, los dos poetas modernos «modernistas» (...) más altos de la lengua española.*»

Sólo encontramos un artículo de José Martínez Ruiz, «La energía española» y aparecen también algunas firmas de los «raros» del 98: Cornuty, Camilo Bargiela, Silverio Lanza, etc. Pero la publicación no logró sobrevivir a la penuria económica y murió en su redacción de la calle de la Madera. Muestra de las dificultades que este tipo de publicaciones tenía que solucionar a diario, son las palabras de su director, Ruis Contreras, de sus memorias, recogidas por Gómez Aparicio: para asegurar la supervivencia de la publicación, los colaboradores, que no percibían retribución alguna, se asignaron el pago de una cuota, que ninguno satisfizo:

«Nadie cobraba. La colaboración era generosa, pero no abundante. Mi angustia era indecible ante la voracidad insaciable de la imprenta: Carecíamos de administración y los pagos apremiantes eran otros motivos de zozobra.»

Electra

Merece la pena reseñar la revista *Electra*, nacida el 16 de marzo de 1901, mes y medio después del estreno con clamoroso éxito y no menor escándalo del drama galdosiano del mismo nombre. Fue planteada como un grito de rebeldía contra el clericalismo en cuanto forma de castigar la inocencia espontánea, como sucede en el personaje de Galdós, representó la rebelión contra las formas impuestas y el impulso sincero de romper contra todo fanatismo, lo que explica el tono combativo y el espíritu iconoclasta de sus colaboradores. A pesar de su corta existencia, pues tan sólo sacó seis números, su presencia tuvo un peso

destacado en la ideología del momento, pues representó la postura más crítica de los jóvenes que trataban de aunar las aspiraciones estéticas con las inquietudes sociales. Sus inspiradores fueron Maeztu, (que dirigía la sección de crítica y temas sociológicos), Valle-Inclán (sección de literatura novelada), Villaespesa (sección de poesía) y Manuel Machado (secretaría de la redacción), aunque colaboraron escritores de diversas edades y tendencias, en la línea de *Germinal*: Baroja, Martínez Ruiz, Unamuno, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez. Aunque ya se conocían desde su participación en *El País*, es a causa del acontecimiento del estreno y del contacto que mantuvieron en la revista desde donde surgió el lazo de unión entre Baroja, Maeztu y Martínez Ruiz, quienes al final del año firmaron el famoso «Manifiesto de los Tres». El mismo Baroja, que siempre intentó negar la existencia de la generación del 98, lo reconocería en sus memorias:

«Si hubo algo como un grupo literario, que duró lo que un relámpago, y tuvo como acto de nacimiento con su fecha, fue el estreno de *Electra* en 1901. Entonces se intentó formar un grupo para constituir una redacción de una revista con el mismo título, pero el invento fracasó y no pudo llegar a tener tres personas reunidas y amigas ni a sostener la revista».

Ya habíamos señalado con anterioridad los variados intereses que tenían los miembros del grupo, puntos de vista que unidos a la ingenuidad de algunos de sus planteamientos, dieron al traste con la unión. De la misma forma, *Electra*, planteada de forma que los temas sociales se tratasen «*de otra manera más hermosa, más levantadora, más sugestiva, a fin de que en nuestros industriales, de que en nuestros trabajadores surja el afán al estudio, al moderno, al viaje, a la progresión, a la rabia por alcanzar el triunfo*», quedó, como señala M.^a del Pilar Palomo, en un ambicioso proyecto progresista, rápidamente frustrado, de cambiar la situación social del obrero y hacerle tener nuevos ideales en el trabajo y en el futuro. El último número aparecerá el 27 de abril de 1901.

Juventud

Es, en opinión de algunos críticos, como Guillermo de Torre, la última expresión de las revistas del 98. Su primer número aparece el 1 de octubre de 1901, solo se publican 12 números (seis meses) y termina el 27 de marzo de 1902.

No tiene director, pero la inspiran Azorín, Baroja y Maeztu, es decir, el «Grupo de los Tres». Su aspecto era descuidado, en formato pequeño de folleto, incluso la ilustración de la portada es significativa si la comparamos con las de revistas anteriores, en las que se mostraba un paisaje idílico adaptado a la armonía que se pretendía para el hombre. Ahora aparece una mujer apoyada en el balcón con las chimeneas de las fábricas al fondo. Es, junto con *Alma Española*-

la, a juicio de Gómez Aparicio, el mejor exponente de lo que el regeneracionismo quiso representar, pues nos va a mostrar claramente la tensión entre sus ideales situados entre la tradición y la europeización: en la misma línea que *Germinal*, pretendía una tarea constructiva que sirviera para conseguir el progreso a partir de lo genuinamente hispánico, desde el artículo de su primer número *España por siempre*:

«Nuestro deseo es hacer labor nacional, estimular energías latentes en nuestro país, donde tantos son a disolver, a desacreditar, y tan pocos a hacer labor constructiva».

Esta postura, que ya había defendido Unamuno en sus artículos de *Revista Nueva* (*De la enseñanza superior en España*) y Ganivet (en su *Idearium*) era una clara resonancia del espíritu institucionalista defendido por Giner y el krausismo, en el que se había formado la juventud del 98. Como vemos en un artículo a modo de manifiesto, titulado *Los nuevos rumbos*:

«¿Quién duda que el espíritu nacional, al nutrirse con las nuevas ideas, no ha de modificarse, transformándose grandemente? Y es ciertamente indudable que la transformación ésta ha de tener por fundamento y base de desenvolvimiento aquello que nuestra alma tenga de particular, de característico, de propio y exclusivo suyo, y que ha de fecundarse con los gérmenes nuevos que sobre ella caigan.»

Así se propone, para «fomentar el desarrollo de la personalidad hispana», ahondar en el estudio de nuestro pasado con la finalidad de conocer mejor el presente y llegar a conocer mejor las causas reales de nuestro atraso y ponerlas remedio. Costa lanza sus consignas: «*El gran problema español es el de nivelarnos con Europa*». Y, como recoge Seoane, el editorial del número cinco, titulado *Con rumbo fijo*, insiste en esta necesidad: *partiendo «la propia y firme convicción de la realidad de nuestro atraso, de la evidencia de la lentitud y de la torpeza de nuestra marcha por la senda progresiva, que con tan vertiginosa rapidez recorre el resto de Europa (...) hacer el estudio de España, casi desconocida e ignorada»*, con objeto de conocer «*qué es lo que necesitamos de lo moderno, como debemos adaptarlo y aplicarlo*». Por eso se presta atención a nuestras costumbres y a la moral, como Baroja, que interpretado a menudo como anarquista defiende, en su artículo *Mi moral*, su individualismo con rebeldía frente a los códigos impuestos por la masa como forma de comportamiento, con clara influencia del vitalismo nietzscheano:

«No soy anarquista. Soy un individualista rabioso, soy un rebelde: la sociedad me parece defectuosa porque no me permite desarrollar mis energías, nada más (...) Mi noción central de la moralidad es ésta: todo precepto moral que ayude a la evolución, es bueno; todo precepto que lo dificulte, es malo.»

La educación va a ser un tema fundamental, pues no hay progreso sin instrucción: se proponen cambiar los presupuestos destinados a la enseñanza, fomentar las becas para el extranjero para abrir el camino de la europeización de España, y así lograr disminuir el vergonzoso número de analfabetos (66% en 1900). Hay un fuerte interés por el estudio de las lenguas, sobre todo el vascuence (Unamuno había hecho sobre ella la tesis doctoral), relacionado con la vuelta al indigenismo propio del espíritu modernista. En este sentido, como señala Palomo, *Juventud* representa la preocupación por la nueva estética modernista y la polémica en todo su apogeo. Hay que destacar a Manuel Machado con dos artículos. El primero, con título ya premonitorio *El modernismo y la ropa vieja*, reprocha a los viejos su miedo y su incompreensión hacia las nuevas formas, empezando por el mote:

«Modernista. La palabreja es deliciosa. Representa sencillamente el último gruñido de la rutina contra los pobres y desmedrados innovadores. De modo que aquí no hay nada moderno, pero hay modernismo. Y por modernismo se entiende... todo lo que no se entiende. Toda la evolución artística que de diez años, y aún más, a esta parte ha realizado Europa, y de la cual empezamos a tener vagamente noticia».

En el segundo, titulado *El arte y los artistas*, comenta el discurso de Benlliure en la Academia de San Fernando, en el que había afirmado cosas como «...el impresionismo es criminal... porque buscando formas nuevas mata la verdad del arte...», para concluir con un tolerante «...hay que acabar con esta raza de degenerados». Machado, por su parte, como afirma Palomo, resaltó las dos características más importantes definidoras del arte moderno: el individualismo del artista no sometido a otra norma que la de su propia personalidad y el arte entendido como valor absoluto. Incluso un Maeztu joven y rebelde, que como ya hemos apuntado estaba ajeno a esta nueva estética, quiso terciar en la polémica, no sin cierta brusquedad, en su artículo *Un día echado a perros*:

«Observo que desde hace algún tiempo se ha recrudecido el odio inexplicable que inspira a ciertos escritores la tontería modernista. Allí se las hayan con esos modernófobos los jóvenes de los lirios, los nenúfares, las clepsidras y las walpurgis. Eso no va conmigo. Modernista de esa clase o antimodernista de la otra me inspiran las mismas ganas de hacer mis necesidades».

Continúa demostrando su rechazo ante todo, autores españoles y extranjeros, desde Quevedo hasta Victor Hugo, pero sobre todo hacia la crítica literaria, en especial contra Clarín:

«Clarín pudo ser crítico porque tenía algún talento; no lo fue porque carecía de honradez artística, porque era padre de familia y lo que más le interesaba era el pan de sus hijos. El mundo literario en España es una recua de sinvergüenzas que viven del Estado, del chantaje o unos de otros, y son

borrachos, mercaderes, estetas o libertinos, que necesitan dinero a diario para satisfacer sus vicios y se lo procuran engañando al público con la mutua adulación con letras de molde».

Azorín también tomó nota de la situación del periodismo y de la situación en general en un agrio artículo, *Interviú con Rinconete*:

«Aquí, en España, no hay más camino para el periodista, para el literato para el político, que el agio y el enjuague (...) No hay gloria, ni fama, ni popularidad para el artista original y profundo (...) El periodismo hoy debe ser un patio de Monipodio; el artículo, una ganzúa. La audacia es dinero (...) La honradez es una enfermedad. Afortunadamente, el microbio de la honradez va desapareciendo».

En cuanto a la narrativa, Valle ofrece un fragmento de *Las Memorias* del Marqués de Bradomín, colabora Manuel Machado, y Baroja aporta un capítulo de *Camino de perfección*, demostrando en su *Crónica sentimental* su facilidad para el género autobiográfico, utilizado por él como defensa de las tradiciones, de la anarquía y la condena al progreso: las máquinas, la democracia, la política. Unamuno publicará un elogio a la siesta a propósito de los automóviles que empiezan a circular: «¡Qué dulce es la siesta! ¿Pero y si vuelca el carro y nos coge debajo?». Anotamos esta postura, pues nos parece importante para subrayar el problema común de estos escritores ante la dificultad de aceptar la nueva actitud impuesta por el progreso.

Para Guillermo de Torre, *Juventud* es la última revista del 98 «aquella en que aparecen definitivamente congregados, con identidad de vistas estéticas y políticas los escritores de este movimiento. Sin embargo, un año después surge otra nueva publicación también esencialmente de espíritu noventayochista, pero de mayor radio y con la incorporación de otros elementos»: *Alma Española*

Alma Española

Su primer número aparece el 8 de noviembre de 1903. Parece que muere en el número 23, el 30 de abril de 1904, como señala Gómez Aparicio, y no en el número 22 del 23 de abril, como afirma Guillermo de Torre, Bleiberg y Seoane. Este semanario tuvo tres etapas:

La primera, dirigida por Gabriel R. España y con la responsabilidad de Azorín en lo literario, se caracterizó porque recayó el acento en lo político-social.

La segunda, es desde el número 18, Gregorio Martínez Sierra hizo entrar al grupo modernista de *Helios*, publicación que él había fundado con Juan Ramón Jiménez entre otros. Se interesó más, por tanto, en los aspectos literarios.

La tercera y última etapa fue la dirigida por Alfonso Ruiz de Grijalba, tras un corto espacio de tiempo sin salir, volviendo a los planteamientos e intereses sociales de la primera etapa, pero con quizá mayor radicalidad.

En efecto, el grupo inicia una nueva publicación después de concluida la revista «Juventud». Para algunos es quizá la más genuina creación de los hombres del 98 (Sánchez Aranda), pues es la que expresa mejor su espíritu común. Representó dos cosas importantes. La primera de ellas, como apunta Gómez Aparicio, es que pretendió ser un intento de unificar, de relacionar en lo posible y de abrir caminos a la juventud literaria y periodística que hoy podemos situar bajo la etiqueta del «98». Todos los hombres de esta generación, sin excepción, escribieron en *Alma Española*, y se propusieron caminar en una misma dirección:

«No queremos que nuestro periódico sea un haz de artículos, más o menos discretos, publicados semanalmente bajo el amparo de un título. Un periódico ha de responder siempre a un estado de opinión; en España crece por momentos el ansia por una era de justicia y de bienestar (...) Nuestro éxito lisonjero nos pone en situación de ser este órgano de sinceridad inexorable.»

«Aspiramos a que *Alma Española* sea una revista de nutrida y sólida lectura que sirva de lazo de unión a cuantos espíritus se preocupen seriamente del porvenir de España.»

El segundo éxito de la revista fue convertirse en bandera de esperanza, en la ilusión de forja de una nueva España, audacia renovadora que fue correspondida por el público a decir de la propia publicación, pues llegó a tirar sesenta y ocho mil ejemplares, cifra astronómica entonces (y ahora para una revista de semejante contenido). En efecto, el título (al que servía como fondo, en sus colores, la bandera nacional) respondía a la reiterada petición de los intelectuales de ingadard «el alma castellana» (como Unamuno en *En torno al casticismo* en 1805) o en el «alma nacional» (como Ganivet en su *Idearium español*) para escudriñar la esencia española, con vistas a reaccionar contra el pesimismo dominante y levantar el espíritu de la nación de entre sus cenizas. Así lo expresa esperanzadamente desde el primer número Galdós en su conocido *Soñemos, alma, soñemos*:

«El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos a un deshonroso morir, ha generalizado una idea falsa. La catástrofe del 98 sugiere a muchos la idea de un inmenso bajón de la raza y su energía. No hay tal bajón, ni cosa que lo valga.»

En esta línea la publicación acometió dos ensayos. El primero de ellos, iniciado ya en el segundo número, fue el de plantear cara a la opinión nacional el problema que contenía esta pregunta: «A su juicio, ¿dónde está el porvenir y

cuál debe ser la base del engrandecimiento de España?». Encuesta a la que contestaron las principales personalidades representativas de todas las instituciones, desde la política, como Silvela, Eduardo Dato, Salmerón o Joaquín Costa, hasta la literatura, como la condesa de Pardo Bazán, Blasco Ibáñez o Unamuno, pasando por la ciencia (Ramón y Cajal) y el periodismo (José Ortega Munilla). El segundo ensayo fue divulgar la verdadera realidad nacional, para lo que contaba con una sección fija dedicada a reflejar el «alma» de las regiones, pues España era para ellos una unidad fecunda nacida de una variedad armonizada y, por tanto, el «alma española» no sería otra que la suma de las «almas» dispersas, que aisladas morirían, así como su unidad. Colaboraron Unamuno («alma vasca»), Maragall («alma catalana»), Pardo Bazán («alma gallega»), Pereda (uno de los «viejos», retrató el «alma montañesa») Blasco Ibáñez («alma valenciana»), etc.

Se ha querido apreciar en *Alma Española* el declive de lo que puede llamarse «generación» y un cierto tono de pesimismo (así Bleiberg en su artículo). En efecto, frente a Azorín, que inicia la serie de conocidas autobiografías de los hombres del 98 con su *Juventud triunfante*, (pues los «jóvenes» ya eran conocidos, publicaban libros y sus artículos aparecían diariamente en la gran prensa), Maeztu titulará la suya desde la perspectiva contraria, *Juventud menguante* y dirá en un tono de fatiga y derrota: «*Maeztu está roto, Maeztu está desecho*». Y en un artículo dedicado a Pío Baroja y firmado por un misterioso «Los compañeros», leemos:

«Seamos sinceros; ya la decadencia se ha iniciado en los maestros casi viejos. Valle-Inclán no volverá a escribir «Epitalamio», ni Maeztu sus artículos de «Germinal»... Todos han creado ya su forma y será inútil forcejear...»

Es una actitud prematura pues aún estamos en 1903, la mayoría de ellos no pasaba los treinta años y todavía les quedaba mucho por escribir, aunque lo cierto es que, como señala Seoane, estos «jóvenes» estaban a punto de dejar de ser jóvenes, de abandonar su rebeldía y el grupo, a punto de dispersarse. También aparece en *Alma Española* la conocida biografía de Valle-Inclán: «*Este que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y lengua barba, soy yo: Don Ramón María del Valle-Inclán*». Por su parte, Azorín en su *Juventud triunfante* nos adelantará su «filosofía de las cosas»: *Yo creo que el alma del universo, este alma profunda y poderosa, tiene sus irradiaciones en las cosas. Tenedlo bien presente: no hay ninguna cosa vulgar, como no hay ningún ser despreciable.*» Destacamos otro conocido artículo de Azorín, *Somos iconoclastas*, simbólico de la postura del autor hacia los clásicos en 1904, y que supone una tajante oposición «a la infabilidad de los dogmas literarios», producto de la rivalidad entre jóvenes y viejos. Entre otras críticas, el que posteriormente iba a ser el mejor defensor y conocedor de los clásicos, escribió aquí: «*Podemos asegurar que ninguno de los jóvenes del día ha leído a Cal-*

derón, a Lope y a Moreto (o, al menos, si los ha leído, no los volverán a leer, lo juramos), y que no son pocos los que sienten un íntimo desvío hacia Cervantes.»

Aparecen colaboraciones de Pérez de Ayala, de Juan Ramón Jiménez y de otros que representan una nueva generación naciente, en general una heterogeneidad de publicaciones, de la que destacamos el poema inicial de *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío («*Yo soy aquél que ayer no más decía...*»). Pero a pesar de sus elevados objetivos y a la excelente acogida que tuvo *Alma Española*, sucumbió a los seis meses, quizá, como apunta Gómez Aparicio, debido a ese fuerte individualismo de sus colaboradores, personalidad que ha posibilitado considerar la tan tópica «Generación del 98» no más que una coincidencia cronológica de brillantes pero dispersas individualidades

Helios

Nace en abril de 1903, unos meses antes que *Alma Española*. Hemos preferido incluirla al final porque puede que ya no sea propiamente del 98, pues el acento recae claramente hacia lo literario. Está considerada como la mejor revista del modernismo, con una presentación mucho más cuidada y organizada que las demás revistas fruto del ímpetu juvenil. Es, en un sentido más estricto, la revista del modernismo poético. La publican y orientan Pedro González Blanco, G. Martínez Sierra, Carlos Navarro Lamarca y Ramón Pérez de Ayala, que eran los amigos que iban a visitar a Juan Ramón Jiménez al sanatorio del Rosario en 1903 y duró hasta mayo de 1904. En carta a Rubén Darío, el mismo Juan Ramón, su principal artífice, explicó en proyecto de *Helios*: *Querido maestro (...) cinco amigos y yo vamos a hacer una revista literaria seria y fina, algo como el Mercure de France: un tomo mensual de 50 páginas muy bien editado. Nosotros mismos costeamos la revista (...) Nada de lucro: vamos a hacer una revista que sea alimento espiritual; revista de ensueño; trabajaremos por el gran placer de trabajar*». Como señala Palomo, dos fueron los principios que guiaron la publicación: la búsqueda del ideal de belleza por encima de todo y la exaltación de la libertad. Por ello el magisterio de Rubén Darío fue fundamental y su concepto de la belleza se reitera con profusión y causa admiración. Leemos que Rubén ha pasado por la corte y la prensa ha silenciado su presencia: «*La gente sigue ignorando quién es Rubén Darío (...) Rubén Darío es el poeta más grande que hoy tiene España.*» De aquí la importancia concedida al símbolo y a la revalorización de Góngora (por haber creado un lenguaje poético diferente al de uso común) en la famosa encuesta publicada en el tercer número, en la que se erige junto a Bécquer como el poeta más apreciado de nuestra tradición.

Las firmas que predominan son las del 98: Unamuno, José Martínez Ruiz, Ganivet con su epistolario póstumo, Benavente, Sawa. Junto a estos nombres, Juan Ramón Jiménez y Pérez de Ayala. Y sobre todo se incorpora la lírica, ple-

namente noventayochista de Antonio Machado, en donde da a luz nuevos poemas y participa plenamente de los ideales artísticos perseguidos por Juan Ramón. Y es que, en efecto, no sólo la espiritualidad y la belleza conforman la revista. También están presentes las preocupaciones sociales y la preocupación por España, aunque sin la agresividad de otras revistas, sino en reflexiones generales que tratan de proclamar por encima de todo «la universalidad como ideal de la humanidad». Con este pensamiento, de clara herencia krausista, *Helios* muestra otro talante distinto, que se corresponde con la nueva actitud que Rubén elogió en su segundo viaje a España: «...esparcí entre la juventud los principios de libertad intelectual y de personalismo artístico que habían sido la base de nuestra vida nueva en el pensamiento y el arte de escribir hispanoamericanos, y que causaron allá espanto y enojo entre los intransigentes. La juventud vibrante me siguió y hoy [1912] muchos de aquellos jóvenes llevan los primeros nombres de la España literaria».

Todavía surgirán algunas revistas más, aunque ya sin la importancia de las anteriores, prueba de que el pesimismo de *Alma Española* era excesivo. La que más nos interesa es *La República de las Letras*, que sólo logró sacar 14 números, de mayo a agosto de 1905. Presentada como un gran semanario, con formato de diario, pretendía ser un complemento de la prensa diaria, donde se prestara atención, como apuntó Galdós en el artículo inicial, a «la vida literaria y artística», creando para ello «un vivero humilde donde se críen y fomenten innumerables inteligencias». Fue, como señala Guillermo de Torre, una revista de integración donde convivieran escritores de varias generaciones, interesándose por los libros de los extranjeros más innovadores y de españoles como Rubén, Miró, Blasco Ibáñez, Ayala y Juan Ramón Jiménez. Aquí Galdós, figura consagrada, brinda la oportunidad de colaborar a escritores jóvenes como Pedro González Blanco y Eugenio d'Ors, y encontramos colaboraciones de Unamuno, versos de Antonio Machado, un sorprendente cuento fantástico de Ramón y Cajal e, incluso, unos versos de Julián Besteiro, con el título *Mi bruja*.

Con ello nuestro itinerario ha concluido, pues aunque nacieron otras revistas como *Nuevo Mercurio* (de enero a diciembre de 1907) o *Renacimiento* (fundada en marzo de 1907), éstas corresponden a la plenitud del modernismo, recayendo su peso en lo poético, lo puramente literario, frente a la preocupación por el «problema de España». Los (ya) hombres del 98, que habían valorado siempre mejor sus colaboraciones en las revistas que las realizadas para prensa diaria, la prensa de «gran información», acabaron emigrando a ésta y dispersándose, como sugiere Gómez Aparicio. Maeztu ingresó en *La Correspondencia de España*, que le envió a Londres como corresponsal. José Martínez Ruiz y Pío Baroja se incorporaron a *El Globo*, que envió a este último en 1903 a Tánger como enviado especial, para cubrir la rebelión que había estallado en Marruecos.

En definitiva, la generación del 98 plasmó en todas las revistas que hemos analizado un espíritu peculiar, finisecular, que retrata una crisis en la que intervienen muchos elementos (la propia generación de escritores, una derrota mi-

litar, un cambio político-social...). Se trata de un proceso profundo de cambio, cuya similitud con los momentos actuales en España es estudiado en un reciente artículo por José Luis Abellán (*La crisis de fin de siglo: 1898-1998*. En *El País*, 25-5-98) en el que establece varios parámetros, como son los grados inventos que surgen en ambos fin de siglo. En 1898, la luz eléctrica, el teléfono, el telégrafo, el cine, el automóvil, la aviación... En 1998, se ha producido la revolución de la informática que ha transformado las comunicaciones, con el fax, el ordenador, el correo electrónico, Internet... En el orden religioso, 1898 supone el paso del positivismo al modernismo, 1998 el paso del agnosticismo y laicismo a un desarrollo de sectas, de comunidades eclesiales de base y a una teología de la liberación. En cuanto a los nacionalismos también existe un mimetismo, por ejemplo con el catalanismo, si bien es cierto que en el siglo actual están reconocidos y creando una serie de tensiones en relación con la Comunidad Europea. En el mundo de las ideas, Abellán se plantea si la reacción contra el positivismo del siglo pasado puede ocurrir en nuestros días pero relacionado con una reacción a las imágenes y la informática, tan abasalladoras hoy como el positivismo entonces.

BIBLIOGRAFÍA

- BLEIBERG, Germán: «Algunas revistas literarias hacia 1898». En *Arbor: revista general de investigación y cultura*, Tomo XI, n.º 36, diciembre 1948. Madrid.
- GÓMEZ APARICIO, Pedro: *Historia del periodismo español, T.3: de las guerras coloniales a la Dictadura*. Madrid, Editora Nacional, 1967.
- MOLINA, César Antonio: *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*. Madrid, Endymion, 1990.
- PALOMO, M.ª del Pilar (ed.): *Movimientos literarios y periodismo en España*. Madrid, Síntesis, 1997.
- PANIAGUA, Domingo: *Las revistas culturales contemporáneas*. Punta Europa, 1964.
- PÉREZ DE LA DEHESA, Rafael: *El grupo Germinal: una clave del 98*.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro: *De la Gazeta Nueva a Canal Plus*. Madrid, Complutense, 1992.
- SÁNCHEZ ARANDA, José J. y BARRERA DEL BARRIO, Carlos: *Historia del periodismo español: desde sus orígenes hasta 1975*. Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1992.
- SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores: *Historia del periodismo en España, Vol.3: El siglo XX, 1898-1936*. Madrid, Alianza, 1996.
- TOBAJAS, Marcelino: *El periodismo español: notas para su historia*. Madrid, Forja, 1984.
- TORRE, Guillermo de: «La Generación española de 1898 en las revistas del tiempo». En *Nosotros*, Tomo XV, n.º 67, octubre 1941, Buenos Aires.